

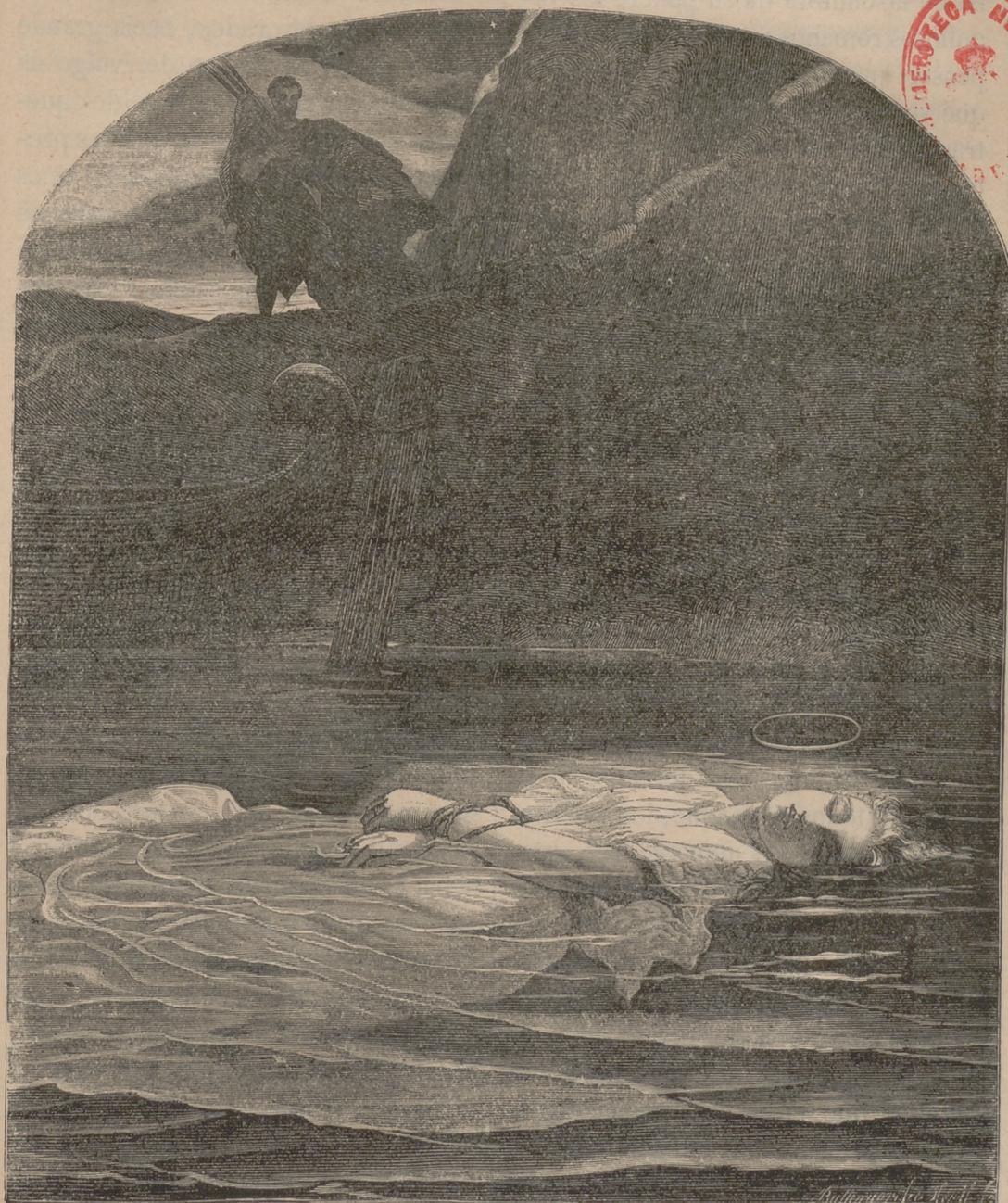
EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO II.

MADRID 4.º DE NOVIEMBRE DE 1875.

NUM. 20.



UNA MARTIR CRISTIANA.

UNA MARTIR CRISTIANA.

Cuando la semilla del Evangelio echó sus primeras raíces en Roma, capital del mundo, que entónces se encontraba en la cumbre de su poder, los orgullosos romanos estaban muy léjos de pensar que había empezado un reino, que vencería el reino de los Césares y trasformaría el mundo entero. Pero cuando vieron ya los progresos del Cristianismo, empezó su enemistad y su resistencia. Las masas consideraban á los cristianos como ateos, porque no veían en los cultos cristianos imágenes, ni sacrificios, ni altares. Los sacerdotes veían los templos de sus dioses abandonados, su ganancia menguada; los comerciantes que traficaban con incienso ó vasos sacros y los artistas que edificaban los templos ó aparejaban las fiestas, blasfemaban la nueva religion. Y los hombres de saber no veían en la doctrina de la Cruz más que una locura abominable. Especialmente los Césares creyeron ver en la religion cristiana el enemigo más terrible de su poder; y todos, el pueblo, los sacerdotes, los sabios, los emperadores, estaban unidos en el deseo de perseguir y de extinguir esta secta. Sucedió lo que Cristo había dicho á sus discípulos: «El mundo os aborrecerá.»

Pero nunca el poder divino del Cristianismo se mostró más grande y más sublime que en estas persecuciones. Aunque perseguidos con furor satánico, salieron vencedores. Quemados en las

hogueras, sus cenizas arrojadas á los vientos propagaban su doctrina. Arrojados al agua, las ondas parecían llevar la gloria de los mártires á los fines de la tierra.

Echados á las fieras en el circo, desgarrados, devorados, hacia grande impresion en el ánimo del vulgo la calma serena, la faz triunfante de aquellos confesores. La gracia de Dios protegía á los débiles. Mujeres y niños tomaban su parte en esta confesion heroica de una fe que vence al mundo. Mostraban por su muerte que los sufrimientos de este mundo no equivalían á la gloria preparada á ellos ante el trono divino.

Estos eran los testigos verdaderos de Jesucristo, por eso se los llama mártires, palabra griega que significa testigo. El número de estos era muy grande, y con su heroismo recordaban á los demas cristianos las palabras de su divino Maestro: «El que ama su vida la perderá, y el que aborrece su vida en este mundo por mi causa, para vida eterna la guardará. El que me sirve, sígame, y donde yo estuviere, allí estará tambien mi siervo.» Sabían que él había estado en la cruz y que era necesario seguirle por sus sufrimientos; pero sabían tambien que él estaba ahora en el trono de su padre en la gloria, y que alcanzarían, sufriendo por su causa, igual gloria y honor.

Nuestra lámina nos representa una de esas mujeres débiles, pero fortalecida por la fortaleza de su señor.

Amenazada con la muerte si no queria sacrificar á los ídolos, ella habia permanecido firme en la confesion de que solo á Dios debe adorarse. Espuesta á los tormentos, los sufrió con cara risueña, de manera que los mismos verdugos se asombraron de tal espectáculo. Ya se conmovió el vulgo, y entónces el pretor, viendo que nada adelantaba con toda su crueldad, mandó arrojarla al agua. Allí encomendó su espíritu en manos de Dios, y en medio de las olas, que le parecian recordar al mar de cristal, ante el trono de Dios, donde debia ella estar pronto alabando á Dios y al cordero inmaculado, dió su espíritu á su Creador. Cuenta la leyenda cristiana, que cuando por la noche algunos hermanos cristianos vinieron á sacar su cuerpo y á darle sepultura, encontraron el cadáver nadando sobre el agua, el rostro lleno de paz divina y rodeado de una aureola, que les sirvió de guia para encontrarle en la noche; y sacando su cuerpo le dieron sepultura cristiana al lado de muchos hermanos, vencedores de la muerte como ella.

Ciertamente, esta mártir estaba, como quiere indicar la leyenda, coronada de una aureola, aunque invisible en la tierra. Habia recibido por su divino maestro el cumplimiento de su promesa: «Sé fiel hasta la muerte, y yo te daré la corona de vida.»

Queridos amigos, ¿no somos cristianos nosotros tambien? ¿no nos llamamos discípulos de Jesucristo? pues bien,

debemos ser tambien confesores y testigos de nuestra fe. No nos persiguen ahora con hogueras, aunque no sabemos si el furor de Satanás podrá escitar otra persecucion; pero *un* deber tenemos todos: confesar á Cristo con nuestra vida, dar testimonio por nuestra caridad, mansedumbre, santidad, que somos en verdad sus discípulos. Porque á todos sus discípulos ha dicho aquel cuya boca no puede mentir: «No temais á los que matan el cuerpo, pero que no pueden matar el alma; temed ántes al que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno. Todo aquel, pues, que me confesare delante de los hombres, yo le confesaré tambien delante de mi Padre que está en los cielos; y el que me negare delante de los hombres, le negaré yo tambien delante de mi Padre que está en los cielos.»

EL COLPORTOR DE LA BIBLIA EN UNA TABERNA.

Hácia el fin de Noviembre último aconteció que uno de esos hombres cuyo destino honroso es propagar la palabra de Dios, viajaba en las costas de la Bretaña con su atado de Biblias acuestas. Su jornada fue aquel dia mucho mas trabajosa que otras veces, por ser malo el tiempo.

Cuando principió á oscurecer alcanzó muy fatigado una pequeña ciudad, y se hospedó en una posada de aspecto modesto.

Despues de haberse descargado de su atado, entró en una sala donde esta-

ban reunidas cerca de cuarenta personas al rededor de una mesa.

Eran comerciantes que habian venido á la ciudad para asistir á una feria que debia tener lugar al dia siguiente.

Se le señaló un lugar á nuestro colportor al extremo de la mesa donde cenaban los comerciantes, y escuchaba las pláticas que tenian entre sí.

Hablaron primeramente del comercio, despues de la política, luego de los sacerdotes y de la religion; siguiéronse despues chanzonetas, palabras impías que terminaron con terribles blasfemias. Esto fue para el pobre colportor una prueba amarga; su conciencia le decia claramente que debia hablar. Pero mirando los cuarenta hombres, que le parecia estar todos de un mismo modo de pensar, desfallecia su ánimo al sentirse solo entre tantos.

Mientras que las palabras de maldad é impiedad iban multiplicándose y creciendo, tanto mas desgraciado se sentia el pobre; y para acallar el grito de su conciencia se decia á sí mismo, que el hablar ahora seria echar las perlas á los puercos.

Mientras nuestro amigo estaba allí con su cabeza inclinada y el martirio en el corazon, se dirigió de repente á él uno de los huéspedes, que parecia presidir la reunion, diciéndole: «V. señor no ha dicho una sola palabra. Quisiéramos saber su opinion; ¿no está V. con nosotros?» El colportor tem-

blando respondió, que su opinion diferia mucho de la suya y que estaba seguro le seria desagradable oirla.

Exigiósele declarara qué pensaba sobre la religion. El empero seguia disculpándose, diciendo, que temia se llenarian de cólera contra él si les descubria sus pensamientos; pero ellos le aseguraron que nada harian contra él. Entónces exigió que le dejaran hablar sin interrumpirle; todos se lo prometieron sériamente.

El colportor dirigiendo su alma al dador de todos los dones perfectos y buenos, le pidió su auxilio mientras sacaba un Nuevo Testamento del bolsillo, y empezó á leer con voz solemne y lenta el segundo capítulo de la primera epistola á los Corintios.

Con gran sorpresa suya se le escuchó hasta el fin con la más grande atencion.

(Se concluirá.)

EL NIÑO Y LA ALONDRA.

«Dime, querida alondra, ¿por qué te hallas tan alegre y eres tan feliz? No siembras, ni siegas, ni allegas en alfolíes, y sin embargo subestan alta y cantas con tanta alegría como si estuvieses viendo á Dios, el Señor.»

—«El Padre que tenemos en el cielo me cuida, y por eso le elevo mi cántico en accion de gracias. Y tú, niño, ven y canta conmigo, puesto que tambien se acuerda de tí y te sostiene.»





AMAD A VUESTROS ENEMIGOS.

Durante el período que precedió á la rebelion de los Países-Bajos, ocurrió el siguiente hecho, que ofrece un bello ejemplo de heroismo cristiano. En el año 1567 mandó Felipe II al duque de Alba para encargarse del gobierno de los Países-Bajos. Alba era notable por la crueldad de su persecucion contra los que abrazaban la religion reformada, y tanta gente fue condenada á muerte durante el tiempo de su gobierno, que este se llamó «el reinado del terror,» y su Consejo recibió el nombre de «Consejo de la sangre.» Entre los perseguidos se contaba un pobre protestante, llamado Dirk Willemzoon, condenado á muerte por sus creencias.

Dirk se escapó de sus perseguidores y huyó para salvarse, yendo á sus alcances un agente de la justicia. En su camino se encontraba un lago helado. Era á principios del año, y el hielo estaba poco consistente; pero no obstante se aventuró á correr por la helada superficie que se hundia y vacilaba bajo sus pies. Corria por salvarse; una horrible muerte le esperaba si se dejaba alcanzar. La tierra se extendia ante sus ojos; y no dejó de correr sobre el inseguro hielo hasta que echó pié en tierra sobre la orilla opuesta. Pero oyó un grito de terror tras de sí; volvió la vista y vió á su perseguidor que se hundia por entre el quebrado hielo en las

aguas del lago. Sólo el pobre fugitivo Dirk podía socorrerle; él podía también dejarle perecer y quedar en seguridad. Esto hubiera sido seguir el impulso de la egoísta naturaleza humana; pero Dirk había recibido mejores lecciones. Retrocedió por encima del quebradizo hielo, y á riesgo de su vida, llegó hasta donde estaba el agente y consiguió extraerle del agua. Ambos llegaron pronto á lugar seguro; pero su noble acción no salvó de la muerte al bienhechor.

El agente, movido de generosidad y reconocimiento hácia su libertador, no deseaba ya arrestarle; pero otro hombre, el burgo-maestre de Aspern, que llegó á la sazón, le advirtió que debía acordarse de su juramento; así que el agente, temiendo que su gratitud pudiera poner en peligro su vida, hizo prisionero á Willemzoon, y el día 16 de Mayo de 1569 fue este bello sugeto condenado á morir en la hoguera.

Ahora bien, mis amigos, ¿no obró Dirk noblemente; mas noblemente que muchos hombres distinguidos y famosos, hombres mucho mas llenos de renombre que Dirk Willemzoon, pero no tan verdaderamente grandes? Pero, ¿no hay Uno que hizo por nosotros un sacrificio de Sí mismo muchísimo mas generoso que el acto que hemos descrito?

Yo sé de Uno que dejó una gloria mucho mayor de lo que podemos imaginarnos; que vivió errante una vida de dolor y de sufrimiento, pero llena

de amor; que murió de una muerte horriblemente angustiosa sobre una cruz; que, aun en medio de sus torturas, rogaba por sus verdugos, diciendo: «Padre, perdónalos; porque no saben lo que hacen.» Aquel que tanto sufrió es ahora «ensalzado por Príncipe y Salvador;» Jesucristo está «á la diestra de la Majestad en las alturas,» y nos ha enviado su Santo Espíritu para movernos al amor de Dios, y para darnos arrepentimiento y fe.

Amémosle á Él, porque Él nos amó primero.

EL COLPORTOR DE LA BIBLIA EN UNA TABERNA.

(CONCLUSION.)



Después de haber concluido la lectura hizo algunas observaciones que fueron atendidas de la misma manera.

En seguida se le dirigieron algunas preguntas, y se le hicieron algunas objeciones, pero de una manera digna.

Él dió respuesta á unas y otras, y se entabló una conversacion general muy interesante, continuada hasta la una de la mañana. Entónces quiso nuestro amigo acostarse, pues á pesar de la alegría que sentía, se encontraba muy cansado. Pero uno de los que estaban presentes le dijo: «Señor mio, nosotros no podemos dejarle salir así. V. nos ha dicho cosas estrañas, V. nos ha hablado de la oracion; quisiéramos oírle orar, y desearíamos saber lo que oraria por nosotros.»

Todos fueron de la misma opinion, y el colportor no se hizo de rogar, y acto continuo se estableció en la sala un gran silencio, que solo fue interrumpido por la tempestad que rugia fuera, y hacia mas imponente aun la escena. El colportor se hincó de rodillas y derramó su alma mediante una oracion ferviente ante su Padre en el cielo, que le habia mostrado tan grande amor. Cuando se levantó estaban todos serios y recogidos.

Le preguntaron si podia procurarles aquel libro en el que habia leído un capitulo tan notable. Él dijo entónces que su destino era vender estos libros, y este el único objeto de sus viajes. Sacó de su atado cuarenta Nuevos Testamentos, y pidió un franco por cada uno, como último precio. Pero aquellos hombres le dijeron: «¿Cómo, señor, nada más que un franco por un libro tan bueno? esto no es bastante;» y le pagaron dos francos por cada uno, para que pudiera dar otros cuarenta libros á personas incapaces de poderlos pagar.

CERVANTES.



En Alcalá de Henares á 9 de Octubre de 1547, se bautizó en Santa María la Mayor Miguel de Cervantes. La tradicion señala todavia la casa que habitó. Su familia era conocida como de hidalgos principales, aunque á causa de su escasa fortuna, de-

caida de su antiguo esplendor; y como por aquel entónces la condicion de noble era obstáculo para ejercer ciertas profesiones, y la escasez de medios no permitia á sus padres darle carrera análoga á su clase, parece que este seria el principal motivo de que en sus principios, ó no siguiera ninguna, ó las circunstancias le forzaran á abandonar la que principiara. Su aficion á la poesia la demostró de niño aprendiendo y recitando todos los versos que podia haber á la mano, y sobre todo los que oyera al célebre Lope de Rueda, insigne farsante y autor dramático.

Los primeros productos de su ingenio que vieron la luz pública fueron: un soneto, cuatro redondillas, una copla y una elegía con motivo de las solemnes exequias de la reina Isabel de Valois, mujer de Felipe II.

Encontrándose en Madrid por aquel tiempo, contrajo amistad con monseñor Julio Azuaviva, enviado extraordinario de la santidad de Pio V, jóven virtuoso y de grande inteligencia é instruccion, que contaba entónces poco mas de veinte años, y que cuatro despues obtuvo el capelo. Habiéndose exacerbado el tétrico y oscuro carácter del rey con los disgustos domésticos, no solo recibió con desabrimiento al enviado del papa, sino que le mandó despachar los pasaportes por via determinada, y fijándole término para salir de España. Este se prendó de las buenas disposiciones y delicioso ingenio de Cervantes, y lo recibió á su servicio en cla-

se de camarero, llevándoselo á Italia.

Fue este viaje de grande utilidad para Cervantes, porque entónces la Italia era el núcleo de la cultura, y por consiguiente de las artes liberales. Del palacio del futuro cardenal salió al poco tiempo, sin ningun motivo de desagrado, para sentar plaza de soldado en los tercios españoles, cansado sin duda del servicio doméstico que tan mal cuadraba á su carácter independiente, ó ambicionando acaso las glorias de la milicia que atraian á aquella la noble juventud, como la mas á propósito para distinguirse, y la de mas accesible fortuna.

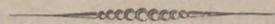
Concertada la liga contra el turco y nombrado generalísimo D. Juan de Austria, hijo natural de Cárlos V, zarparon las escuadras del puerto de Messina, alcanzando una gloriosa jornada en las aguas de Lepanto el dia 7 de Octubre de 1571. Dividida la fuerza de los coaligados en tres escuadras de combate y dos de reserva, formaba la izquierda la que mandaba Agustin Barbarigo, y por ella empezó el ataque. En esta escuadra ocupaba su lugar la galera *Marquesa*, de Juan Andrea Doria, y en ella sufría Cervantes unas calenturas penosísimas que le imposibilitaban de prestar servicio; pero en cuanto supo que el combate se preparaba, levantóse precipitado y corrió á su puesto, siendo vanos todos los esfuerzos de su capitan y compañeros para retenerle en el lecho. Pidió el lugar de mayor peligro y se le destinó á la cabeza

de doce soldados al esquiife que era el que por tal se reconocia. Allí rechazó hasta el fin las acometidas de los enemigos, pero recibiendo dos arcabuzazos en el pecho y uno en la mano izquierda, que se la inutilizó para siempre.

Despues del combate permaneció Cervantes largo tiempo en el hospital de Messina curándose las heridas, en el que obtuvo algunos socorros del mismo D. Juan de Austria, hasta que totalmente restablecido se halló en situacion de continuar el servicio.

A fines de Abril de 1572, incorporado al tercio de D. Lope de Figueroa, concurrió á la jornada de Levante y á la empresa de Navarino. Al año siguiente pasó de guarnicion á Cerdeña, Nápoles y Sicilia, bajo las órdenes del Duque de Sesa, mostrándose siempre modelo de valor y subordinacion. Tantos esfuerzos, sin embargo, por alcanzar fortuna, no sacaron á Cervantes de la miserable condicion de simple soldado. Anhelaba regresar á la patria; solicitó licencia y la obtuvo desde luego; facilitándosele así por el Sr. D. Juan como por el Duque de Sesa lisonjeras recomendaciones para el rey y los ministros. Salió para España en compañía de su hermano á bordo de la fragata *Sol*, navegando con buena fortuna hasta el 26 de Setiembre de 1575, que acometidos por tres galeotas argelinas, fueron hechos cautivos.

(Se continuará.)





PEDRO REPRENDIDO POR PABLO.



uy instructiva al par que muy consoladora es la página de los Hechos apostólicos que la presente lámina nos recuerda.

Muchos judíos que por las predicaciones apostólicas habian sido convertidos al cristianismo, veian con celos á los gentiles participantes tambien de este mismo beneficio. Acostumbrados á llamarse siempre el *pueblo predilecto de Jehová, la viña del Señor, su porcion y su herencia*, no llevaban á bien tener ahora que partir estos honrosos títulos con los gentiles, raza maldita de Dios.

Enviaron pues algunos de los suyos á las partes donde predicaban Pablo y Bernabé, para que dijesen á los convertidos del gentilismo, «que si no os circuncidais segun el rito de Moisés, no podeis ser salvos.» A tan blasfema predicacion Pablo y Bernabé se llenaron de celo: la obra de Cristo era vana, si por la circuncision y por las obras de la ley el hombre habia de ser salvo. «Así que ni por una hora cedieron sujetándose para que la verdad del Evangelio permaneciese.» (Gálatas 2, 5.) Y para dar mas autoridad á este consolador principio evangélico, de que «no por las obras de la ley, sino por la gracia de Dios en Cristo Jesus es el hombre salvo,» determinaron enviar á algunos á Jerusalem á los apóstoles y á los ancianos sobre esta cuestion.

Llegados allí fueron bien recibidos de la Iglesia, que se alegró al oír la relacion de las maravillas que Dios obraba entre los gentiles. Pero cuando se les dijo que algunos fariseos convertidos á la fe habian empezado á predicar que «era necesario circuncidar á los gentiles y mandarles observar la ley de Moisés,» entónces congregados todos á examinar este punto, levantándose Pedro, dijo: «¿Por qué ahora tentar á Dios con imponer sobre la cerviz de los discípulos un yugo, que ni nuestros padres ni nosotros hemos podido soportar? Nosotros creemos ser salvos por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo así como ellos.»

En el mismo sentido habló tambien Santiago: «Yo juzgo, que no se inquiete á los gentiles que se convierten á Dios.» Acordaron pues unánimes enviar algunos comisionados, que fuesen con Pablo y Bernabé y dijesen á los gentiles: «Ha parecido al Espíritu Santo y á nosotros no imponeros ninguna carga mas que estas cosas necesarias: que os abstengais de cosas sacrificadas á los ídolos y de sangre y de ahogado y de fornicacion, de las cuales cosas si os guardareis, bien hareis.»

¡Qué instruccion tan hermosa y tan consoladora hallamos aquí! No es la circuncision, no son las obras de la ley las que nos justifican, sino la gracia pura de nuestro Dios por la fe en el Señor Jesucristo. Si por aquello nos justificásemos, entónces «por demas murió Cristo» decia Pablo; entónces

el Evangelio, que no es otra cosa que la justificación por Cristo, sería una mentira. Sabed pues todos cuantos os veis imposibilitados de cumplir toda la ley, que no os habeis de justificar por las obras de la ley. Entónces ¿quién se justificaria? sino por la fe en Cristo Jesus que cumplió en sí toda la ley y satisfizo por nuestros pecados.

Pero pasemos aun más adelante y aprenderemos otra cosa no de menor importancia. Ese Pedro, que tan decididamente abogó en el concilio de Jerusalem porque los gentiles eran al igual que los judíos justificados por la gracia de Dios en Cristo Jesus, cediendo más tarde cobardemente á las murmuraciones de los judíos convertidos y haciendo traición á lo que en Jerusalem habia dicho y él tenia en su conciencia, por miramientos humanos se recataba de tratar con los gentiles y de comer con ellos y tener con ellos comunión.

Pablo sabe esto; ve de nuevo comprometido el Evangelio, y con el ardor de un corazón poseído de la gracia del Señor y del celo de la gloria del Evangelio, resistió públicamente á Pedro en presencia de todos, diciéndole: «Sabiendo que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros tambien hemos creído en Jesucristo para que fuésemos justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley, por cuanto por las obras de la ley ninguna carne será justificada.» Gálatas 2, 16.

Pedro reconoció su falta, se humilló

arrepentido, y el Evangelio triunfó, y desde entónces sabemos que en el Evangelio no hay distinción entre judíos y gentiles, entre siervos y libres, entre circuncidados é incircuncisos, pues ninguno podemos ser salvos sino por la gracia de Dios, por la fe en Cristo Jesus, y de ninguna manera por las obras de la ley.

Ademas aquí debemos aprender tambien la entereza de Pablo resistiendo en su cara á Pedro por el bien del Evangelio; la debilidad de Pedro que por respetos y miramientos humanos hacia traición á su conciencia y comprometia al Evangelio, y en uno y otro la gracia del Señor sosteniendo á Pablo en su fe, y dando á Pedro conocimiento de su pecado y arrepentimiento.

CERVANTES.

(CONTINUACION.)



Cervantes hecho cautivo, cupo en suerte al arreez Dali Mamí, de quien por la agradable esterilidad, la bravura que mostró en el combate y las recomendaciones que llevaba, se prometió un pingüe rescate. Pero todas estas circunstancias, léjos de atenuar los trabajos del cautiverio, contribuian á hacerle mas penoso.

La familia de Cervantes, cuando de esta desgracia tuvo noticia, malvendiendo su corto patrimonio reunió una pequeña suma, que mandó á Argel, pero no fue bastante á cubrir la en que

apreciaba Dali Mamí á Miguel de Cervantes. Entregó por ella á su hermano Rodrigo que salió para España, dejando á Miguel abandonado á las esperanzas que podia prometerse de la providencia.

En tan apretada situacion y no pensando mas que en lograr un medio de evadirse, aunque á su feliz imaginacion se ocurrieron diferentes maneras que quiso llevar á la práctica, fracasaron todas por entónces y alguna de ellas en la postrer diligencia. Se habia hecho notar como principal motor entre los cautivos de las cóspiraciones descubiertas, y llamando la atencion del rey la firmeza con que como tal se declaraba, haciendo recaer en él toda la culpa, lo compró á su dueño Dali Mamí por el precio de quinientos escudos. *(Se concluirá.)*

OBEDIENCIA A LA VOLUNTAD DE DIOS Ó SACRIFICIO DE ISAAC.



Los mas bellos ejemplos de obediencia á la voluntad de Dios nos son dados por Abraham. Toda su vida fue un acto heróico de docilidad con respecto á Dios. El Eterno le llama y dice: «Sal de tu pais, deja tu familia y vé á vivir extranjero en un pais que yo daré á tu posteridad.» Abraham obedeció.

Su fe fue puesta á una prueba toda-

vía mas terrible cuando Dios, despues de haberle hecho esperar tan largo tiempo el nacimiento de un hijo, ordenó á Abraham ir él mismo á inmolar á Isaac sobre la montaña de Moriah. ¡Qué motivo de perplejidad para el patriarca! Dios no se equivoca. ¿Cómo se cumplirán pues las promesas sobre la posteridad de Isaac? ¡Y qué turbacion para su corazon paternal! Sin embargo, Abraham ejecuta la orden de Dios.

El tuvo fe en la sabiduría de Dios, en su bondad, en su poder. La fe muestra en él su eficacia por sus obras. No encontrareis en ninguna parte un mas bello ni mas perfecto ejemplo de esta obediencia que debemos rendir á Dios, si le conocemos, si tenemos fe en El, si santificamos su nombre, si entramos en su reino y somos colocados bajo su cetro.

Es el mismo principio de obediencia á Dios el que observamos en la conducta de José resistiendo á la mujer de Putifar (Génesis 39, 9); de Daniel continuando su oracion diaria á Dios á pesar de la prohibicion del Rey, y dejándose echar en la cueva de los leones, ántes que renunciar á su piedad (Dan. 6); de los tres jóvenes uniéndose á Daniel por negarse obstinadamente á adorar la estatua de oro y prefiriendo ser echados en el horno ardiendo (Dan. 3). Del mismo modo los apóstoles se dejaban apasionar, apalear, crucificar, prefiriendo obedecer á Dios ántes que á los hombres.



EL NIÑO SOBERBIO.

¡Ay qué sucio está este niño! ¡Qué madre tan descuidada debe tener! ¡Y un niño tan bonito! ¡Qué lástima!

Estas eran las palabras que cambiaban entre sí dos señoras, al echar su vista sobre el pequeño José, que llevaba su vestido todo lleno de tierra, sus manos sucias, como de haber andado con tierra, sucia su cara por el polvo y las lágrimas, y desgredados sus cabellos.

Se echaba la culpa de esto á la pobre madre, y no sabían que la madre de José muy cuidadosa de su hijo, lo vestía casi todos los días de limpio, y en todo el día no cesaba de limpiarle el que llevaba puesto.

No era pues la madre la que tenía la culpa, sino algún enemigo que José tenía dentro del cuerpo, y que le hacía ser tan soberbio, tan malo, que cuando no le daban todos sus gustos, cuando le contrariaban en algo, se tiraba al suelo, llorando y pataleando. Cosa horrible en los niños.

Su madre mil veces lo había reprendido, pero tenía ya este vicio tan arraigado, que no eran bastantes las reprensiones, y se necesitaba algo más. Si la primera vez que el niño soberbio hizo esto, su madre hubiera sido severa con él, no hubiera adquirido tan feo vicio.

Y José era un niño bonito y tenía muchos vestidos bonitos también, pero

todo esto lo hacia inútil ese vicio de la soberbia.

Pero no solo á los hombres es feo en los niños el vicio de José, sino que hasta los mismos animales parece que conocen toda su maldad. Vereis lo que pasó un dia.

Se empeñó José en que su madre le habia de dejar irse á la calle, y la madre no podia permitirlo; volvía á instar aquel, y volvía á negarse la madre, y tanto tanto se vió esta molestada por la importunidad del chiquillo, que lo cogió de un brazo y lo encerró en una habitacion, donde éste empezó su ejercicio de revolcarse y patealar, y tirarse de los pelos, y chillar.

No sé por qué casualidad estaba allí durmiendo el perro *Moro*, y sea que el ruido le despertó asustado, sea que el mismo perro conoció el mal proceder de José, se levantó y de un salto se puso junto á él, ladrándole muy fuerte, y haciendo ademan de morderle. José asustado se levantó, corrió presuroso á su madre, la que desde entónces, cuando José olvidado del escarmiento quiere volver al antiguo vicio, llama á *Moro*, y José ya no se tira.

¡Qué feo es en los niños el vicio de la soberbia! Por eso los padres no deben en manera alguna permitirlo en sus pequeñuelos. El corazon del padre se resiente, es verdad, de tener que castigar al hijo; pero ¡cuánto mas vale hacerles ahora niños derramar algunas lágrimas, de las que muy pronto se consuelan, que el dia de ma-

ñana tener que lamentar en ellos un vicio que puede acarrearle tan grandes males!

Y si todos los vicios son feos en los niños, ninguno tanto como este. Al niño humilde todo el mundo lo acaricia y lo quiere; al niño soberbio nadie quiere arrimarse.

La soberbia es hija del diablo.

CERVANTES.

(CONCLUSION.)

Entre tanto, á pesar de lo mal recompensado por la fortuna, continuaba siendo su designio recobrar con su propia libertad la de sus compañeros de infortunio. Su pobre familia, apurando todos los medios conocidos, pretendia del Estado los medios de redimir el cautiverio de Miguel, que despues de mil contratiempos se logró en 1580 por medio de los padres de la Santísima Trinidad, que provistos de algunos fondos llevaron á Argel el estandarte de la redencion.

Volvió Cervantes lleno de esperanzas á besar las arenas de su patria y al seno de su desconsolada familia; pero preparándose una espedicion sobre las islas Terceras, y creyendo que el mejor medio de adelantar en su carrera era el de alcanzar méritos, volvió á esgrimir la espada, asistiendo despues á las tres campañas de 1581 hasta 1583. Concluida la guerra, cansado de vicisitudes y adversidades, dejó el servicio militar, dedicándose á escribir co-

mo único recurso, y por entónces escribió y publicó su *Anatea*.

En Diciembre de 1584 contrajo Cervantes matrimonio con doña Catalina de Palacios, y se dedicó á escribir comedias, que si no satisfacian su buen gusto, el público pagaba y aplaudia. Ya entónces como ahora la literatura en España no constituia carrera, y los literatos se veian en la precision de desempeñar un empleo para atender con su sueldo mezquino á las necesidades de la vida. Cervantes obtuvo el de comisario factor de las provisiones de la armada, y poco ducho en esta clase de negocios, salió alcanzado en 2641 reales, así que le llevaron á la cárcel, de la cual salió por fin despues de pagarlos, sin destino, empeñado y puesta en lenguas la honra.

Desde aquí merecen sus desgracias el pasarse por alto; solo diremos que de resultas de varios sucesos volvió á la cárcel, donde se cree escribió su gran libro *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, y otras varias novelas; fue protegido en su indigencia por el conde de Lemos, á quien escribió en sus últimos momentos lo siguiente: «Ayer me dieron la estrema uncion y hoy escribo esta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan, y con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir, y quisiera yo ponerle coto hasta besar los pies á vuestra excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias y asomos de las

Semanas del jardin, y si por un milagro me diese el cielo la vida, las verá, y con ellas fin de la *Galatea*, de quien sé está aficionado vuestra excelencia. Guarde Dios etc.—*Miguel de Cervantes*.»

Era Cervantes, segun la descripcion que de sí mismo nos hace, de estatura mediana, de color vivo, ántes blanco que moreno, rostro aguileño, nariz corva y bien proporcionada; frente lisa, ojos alegres; cabello castaño, barba un tanto mas clara, bigotes grandes, boca pequeña, dientes mal alineados, algo cargado de espaldas y no muy lijero de pies, á la edad que esto escribia, que era la de 66 años.

LA SOPA.

«Esta sopa no me gusta,» dijo la niña María sacando la cuchara del plato.

«Bueno,» respondió la madre, «esta tarde te daré una sopa mejor.»

Por la tarde se fué con su hija al jardin á sacar patatas. María tenia que contar todas las patatas y meterlas en sacos.

Al anoecer trajo su madre la sopa y la dió á María.

«¡Ah!» dijo esta, «la sopa de ahora es mucho mejor que la del mediodia.»

Su madre la contestó sonriendo: «Pues esta sopa es la misma que la de ántes; ahora te gusta porque has trabajado toda la tarde y tienes apetito.»

A buen hambre no hay pan duro.



LOS NIÑOS CANTANTES.

A Dios piadoso
 Debí el nacer:
 El me dió padres
 Para mi bien;
 Me da alimento,
 Templa mi sed.

CORO. *¡Buenos seamos,
 Que Dios nos ve!*

Dios hizo el cielo
 Con su poder;
 Hizo la tierra,
 Y el mar tambien;
 El sol y estrellas
 Brillan por él.

CORO. *¡Buenos seamos,
 Que Dios nos ve!*

Dios el camino
 Muestra del bien,
 Y un Angel guia
 Mi débil pié:
 El es mi escudo
 El mi sosten.

CORO. *¡Buenos seamos,
 Que Dios nos ve!*

Si el desvalido
 Pide merced,
 Si al triste affige
 Suerte cruel,
 Ese que llora
 Tu hermano es.

CORO. *¡Buenos seamos,
 Que Dios nos ve!*
 No al malo envidies,
 Aunque tal vez
 Impune ostente
 Gloria y poder,
 Que allá en el cielo
 Hay otro Juez.

CORO. *¡Buenos seamos,
 Que Dios nos ve!*

Al sueño nunca
 Me entregaré,
 Nunca la aurora,
 Veré nacer,
 Sin bendecirte
 Dios de Israel.

CORO. *¡Buenos seamos,
 Que Dios nos ve!*

ADVERTENCIA.

Este periódico saldrá á luz mensualmente, al precio de medio real cada número, ó sea 6 reales al año; en provincias 8 reales.

En su confeccion se ha procurado distribuirlo en cuatro medios pliegos, á fin de que cada uno de ellos sirva como periódico semanal para el uso de las escuelas dominicales.

Rogamos á todos los que se interesen por la educacion de los niños, que nos ayuden en esta tarea, remitiéndonos enigmas, cuentecitos, artículos de Historia, Geografía, Física ó Historia natural.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán á la Librería Nacional y Estranjera, Calle de Jacometrezo 59.

MADRID:—Imp. de J. Cruzado, Peñon, 7.